

GABRIELA MARTIN

(Recife)

PREHISTORIA DEL NORDESTE DE BRASIL: ESTADO ACTUAL DE LA INVESTIGACION

El indio penetró en el actual territorio brasileño hace más de 30.000 años, a través de los corredores andinos y siguiendo el curso de los ríos que nacen en la cordillera. La ocupación, al parecer, se realizó del Oeste para el Este y de Norte a Sur.

Las dos grandes cuencas hidrográficas de América del Sur, la amazónica y la platina, fueron los caminos naturales de penetración. La relativa proximidad de algunas de las fuentes más altas de ambas cuencas, explica, en parte, la semejanza entre culturas pertenecientes a grupos humanos que, después, encontraremos separados por miles de kilómetros. Roquette-Pinto, autor de la interesante obra *Rondonia* (1917), ya comentaba que quien atraviesa el Mato Grosso ve lado a lado los arroyos orientados hacia el Norte y los que se van a perder en el Paraguay: «La comitiva almuerza a la orilla de un riacho filiado al río de La Plata y puede sestear al margen de una cabecera de la cuenca del Amazonas.»

Entre las dos grandes cuencas sudamericanas y muy alejada de ambas, la región Nordeste de Brasil, con 1.548.672 km², tiene casi el 50% de su espacio regional ocupado por tierras semiáridas, conocidas como *sertões*, de baja productividad y expuestas a sequías terribles que periódicamente diezman su población. Esta enorme región semi-desértica ha creado un tipo humano bien característico, el «sertanejo», en el que podríamos identificar la sobriedad y el sentimiento trágico del campesino ibérico junto al deseo de independencia y libertad del indio brasileño. Estos rasgos se completan con un alto sentido personal del honor.

Las vías de población humana en la Prehistoria del Nordeste semiárido brasileño, nos son todavía desconocidas, pues el estado actual de la investigación aún no nos permite afirmaciones con bases científicas seguras; sin embargo, los primeros indicios parecen apuntar a las tierras altas de tipo sabana de Goiás y a los valles de los ríos São Francisco y Parnaíba, que cortan verdaderos desiertos. Habría que aceptar, también,

migraciones costeras de Norte a Sur y viceversa, pero el rebajamiento natural de la costa atlántica de América del Sur debe haber destruido los posibles indicios de migraciones muy antiguas, de forma que no es posible señalar ocupaciones prehistóricas en las costas del Nordeste con anterioridad a 3.000 años a. C. Las migraciones costeras solamente son válidas para grupos de agricultores identificados principalmente como de tradición tupi-guaraní.

LAS PRIMERAS INVESTIGACIONES

Las primeras noticias sobre hallazgos prehistóricos en Brasil se deben a cronistas y viajeros extranjeros de la época colonial y es curioso que uno de los primeros registros de arte rupestre a nivel mundial, se deba al cronista Brandão, que en sus *Dialogos das Grandezas do Brasil*, en 1598, describió una pintura rupestre con suficientes detalles para que, posteriormente, haya sido identificada en el estado de Paraíba (1). Las informaciones sobre grabados y pinturas rupestres, tan abundantes en el Nordeste brasileño, así como de otros restos prehistóricos, se mezclan a noticias fantásticas sobre fenicios, griegos y vikingos, en la historiografía del siglo XIX y comienzos del actual, con especial preferencia por los primeros. El mito fenicio es caro a la fase mitológica de la Prehistoria brasileña (2).

La moderna investigación prehistórica no tiene inicio en Brasil antes de la década de 1950, si bien existen trabajos aislados válidos con anterioridad a esas fechas para Amazonia y Sur del País.

Dos escuelas marcan ese inicio, curiosamente dirigidas ambas por dos matrimonios. Por una parte, la escuela francesa dirigida por Josef y Annette Laming-Emperaire, que daba continuación a los trabajos de Paul Rivet y su discípulo brasileño Paulo Duarte, fundador del Instituto de Prehistoria de São Paulo, que iniciaron investigaciones arqueológicas sistemáticas en el Sudeste del País, especialmente en Lagoa Santa (Minas Gerais), donde en 1834 Lund había encontrado los primeros cráneos prehistóricos de América del Sur; y por otra parte, la escuela americana bajo el patrocinio de la Smithsonian Institution, dirigida por Clifford Evans y Betty Meggers, que sustentaron, y la última sigue manteniendo todavía, criterios rígidos, recusándose a aceptar fechas de ocupación humana en Sudamérica anteriores a 10-15.000 años. Escuela fijada sobre todo en investigaciones en la región amazónica.

En 1961, con ayuda de la Smithsonian Institution, fue creado el PRONAPA (Programa Nacional de Pesquisas Arqueológicas), que dirigido por los Evans pretendía establecer el estado de la investigación en Brasil, financiando los grupos de arqueólogos existentes en la época. La región Nordeste quedó fuera de este programa, con excepción de Bahía, donde el arqueólogo español Valentín Calderón trabajaba hacía

(1) R. T. DE ALMEIDA: «Um sítio arqueológico histórico». *Clio*, núm. III. Recife, 1980, págs. 61-63.

(2) G. MARTIN: «Estudos para uma desmitificação dos petroglifos brasileiros. A pedra lavrada do Ingá (Paraíba)». *Revista de História da Universidade de São Paulo*. São Paulo, 1975.

algunos años (3), pues en una región tan extensa como el Nordeste no había nadie, en la época, que realizara investigaciones arqueológicas serias.

La afirmación con que iniciamos este ensayo sería imposible hacerla diez años atrás, pues hasta 1967 la única fecha de carbono-14 que teníamos para todo el Nordeste era de 5.630 ± 440 , obtenida por el citado Calderón (4) para la Gruta del Padre, en Pernambuco, cuya excavación completamos recientemente.

A partir de 1970, la Misión Arqueológica Franco-Brasileña, dirigida por Niède Guidon tras la muerte de A. Laming-Emperaire, inicia trabajos sistemáticos en SE de Piauí que, contando con un equipo de especialistas competentes, dio como resultado el levantamiento de más de 250 yacimientos arqueológicos, con casi una centena de dataciones radiocarbónicas, además de numerosas monografías sobre Prehistoria de la región, publicadas en Brasil y en Francia (5).

De los nueve estados que integran el Nordeste de Brasil (6), solamente Pernambuco y Río Grande del Norte tienen centros dedicados a la investigación arqueológica integrados en las Universidades, además de la Misión Franco-Brasileña, con sede permanente en San Raimundo Nonato, en Piauí. Algunos grupos, todavía incipientes, están organizándose en Sergipe y Bahía, pero de los que aún no se conocen resultados ni trabajos publicados. Esporádicamente, arqueólogos de universidades del Sur del País trabajan en el Nordeste, como es el caso de M. C. Beltrão, de la Universidad Federal de Río de Janeiro, que realiza excavaciones en la región Central de Bahía con un equipo de especialistas americanos y canadienses (7), y P. I. Schmitz, de la

(3) Valentín Calderón, profesor de la Universidad Federal de Bahía, era amigo personal de Luis Pericot y Pedro Bosch-Gimpera, que le visitaron en Bahía para conocer sus trabajos, en la década de los 70. Desgraciadamente, Calderón falleció pocos años después, sin completar ni publicar sus investigaciones, de las que existen solamente algunas noticias previas. Estamos dando continuidad a los trabajos de Calderón en el valle de San Francisco, especialmente en la Gruta del Padre, en Pernambuco, cuya excavación dejó incompleta.

(4) V. CALDERON: «Nota prévia sobre a arqueologia das regiões central e sudoeste do Estado da Bahia». Programa Nacional de Pesquisas Arqueológicas. Resultados preliminares do segundo ano, 1966-1967. Publicação avulsa. Museu Paraense Emílio Goeldi, Belém, 1969.

Otros trabajos importantes del autor relacionados con la Prehistoria del Nordeste brasileño serían:

V. CALDERON: «Nota prévia sobre três fases da arte rupestre no Estado da Bahia». Universitas, núm. 05. Revista de Cultura da Universidade Federal da Bahia. Salvador, 1970.

V. CALDERON: «Investigação sobre a arte rupestre no planalto da Bahia: as pinturas da Chapada Diamantina». Universitas, núm. 6/7. Salvador, 1971.

V. CALDERON: «Contribuição para o conhecimento da arqueologia do Recôncavo e do Sul do Estado da Bahia». Programa Nacional de Pesquisas Arqueológicas. Publicações Avulsas, núm. 16. Museu Paraense Emílio Goeldi, Belém, 1974.

V. CALDERON: «As tradições líticas de uma região do Baixo-Médio São Francisco (Bahia)». Estudos de Arqueologia e Etnologia. Col. Valentín Calderón. Salvador, 1983, págs. 37-58.

(5) N. GUIDON: «Rapport de Synthèse». Actes du XLII Congrès International des Américanistes, vol. IXB. Paris, 1976.

N. GUIDON: «Definições de delimitações do estilo Várzea Grande». Actes du XLII Congrès International des Américanistes, vol. IXB. Paris, 1976.

N. GUIDON: «Arte rupestre no Piauí». Temas de Arqueologia brasileira 4, «Arte Rupestre». Anuário de Divulgação Científica, núm. 8. Instituto Goiano de Pré-História e Antropologia da Universidade Católica de Goiás. Goiânia, 1978-80, págs. 15-34.

N. GUIDON: «Da aplicabilidade das classificações preliminares na arte rupestre». Clio, núm. 5. Recife, 1982, págs. 117-128.

N. GUIDON: «Art rupestre: une synthèse du procédé de recherche. Contributions méthodologiques en Préhistoire». Etudes Américanistes Interdisciplinaires, 1. Laboratoire d'Anthropologie Préhistorique d'Amérique. Paris, 1982.

N. GUIDON: «A arte pré-histórica da área arqueológica da São Raimundo Nonato. Síntese de dez anos de pesquisa». Clio, núm. 7. Série Arqueológica-2. Recife, 1985, págs. 3-30.

N. GUIDON: «Métodos e técnicas para a análise da arte rupestre pré-histórica». Cuaderno de Pesquisa, 4. Série Antropologia III. Fundação Universidade Federal do Piauí. Teresina, 1985.

N. GUIDON: «A sequência cultural da área de São Raimundo Nonato, Piauí». Clio, núm. 8. Série Arqueológica-3. Recife, 1986, págs. 137-144.

N. GUIDON y G. DELIBRIAS: «Carbon-14 dates point to man in the Americas 32,000 years ago». Nature, vol. 321, núm. 6.072, 19 June 1986.

(6) Maranhão, Ceará, Rio Grande do Norte, Paraíba, Pernambuco, Piauí, Alagoas, Sergipe e Bahia.

(7) M. C. BELTRÃO et alii: «Projeto Central: Primeiros resultados». I Simpósio de Pré-história do Nordeste Brasileiro. Universidade Federal de Pernambuco. Recife, 1987.

Universidade Federal de Rio Grande do Sul, que também excava em el SW de Bahia y en Pernambuco (8).

En abril de 1987, la Sociedade de Arqueologia Brasileira-SAB, fundada en 1980, realizou el I Simposium de Prehistoria del Nordeste Brasileiro, que se reunió en Recife (Pernambuco) y en el que, por primera vez, estuvieron prácticamente presentes todos los arqueólogos que trabajan en el Nordeste o en áreas limítrofes. Los datos obtenidos de aquella reunión, con las comunicaciones y debates publicados íntegramente, significaron el primer cuadro de referencias para la Prehistoria del Nordeste y el inicio de una nueva etapa de la investigación arqueológica en Brasil (fig. 1).

EL MEDIO GEOGRAFICO

En resumen, podemos definir el Nordeste brasileño como una región con predominancia de semiaridez, dominada por la *Caatinga*, paisaje que abarca los mayores espacios de la región, seguido de la Mata Atlántica, que ocupaba todo el litoral y hoy muy deteriorada por la agricultura intensiva, la Floresta subcaducifolia y el Cerrado. El Nordeste no presenta grandes ríos que se mantengan caudalosos en los largos períodos sin lluvias, a excepción del San Francisco, de largo recorrido y centro de atracción de culturas indígenas, seguido del Parnaíba en la cuenca sedimentaria de Piauí-Maranhão y la cuenca del Açu, que también concentró numerosos grupos indígenas prehistóricos en distintas épocas.

En gran parte, la región semiárida brasileña se extiende por depresiones interplánicas, en forma de interminables colinas, situadas entre macizos antiguos. Estas colinas están surcadas por ríos y riachuelos intermitentes.

La vegetación es arbustiva con poca representación arbórea, con hojas pequeñas y espinosas, adaptadas para resistir la evaporación muy intensa, y también con numerosas variedades de cactáceas. Es una vegetación caducifolia de color ceniciento en la estación seca y verde exuberante en la época de lluvias, adaptada al calor y la sequedad de la región (9).

Especial importancia tienen los *brejos*, especie de oasis en regiones extremadamente secas. «Islas de humedad» las llama el geógrafo Assiz Ab'Saber, que consiguen quebrar la monotonía de las condiciones físicas y ecológicas de los *sertões* secos. En la cultura popular se conoce como *brejo* cualquier sector más húmedo, existente en área

(8) P. I. SCHMITZ, A. S. BARBOSA y M. B. RIBEIRO: «Arte rupestre no Brasil». Temas de Arqueologia brasileira, 4. Anuário de Divulgação Científica, 8. Goiânia. 1980.

P. I. SCHMITZ: «Contribuciones a la Prehistoria de Brasil». Pesquisas (Antropologia, núm. 32). São Leopoldo, 1981, págs. 41-83.

P. I. SCHMITZ, A. S. BARBOSA, M. B. RIBEIRO e I. VERARDI: «Arte rupestre no Centro do Brasil: Pinturas e gravuras da Pré-história de Goiás e oeste da Bahia». Instituto Archietano de Pesquisas. São Leopoldo, 1984.

(9) A. N. AB'SABER: «Problemática de desertificação e da savanização no Brasil intertropical». Geomorfologia, núm. 53. Instituto de Geografia Universidade de São Paulo. São Paulo, 1977, 19 págs.

A. N. AB'SABER: «Páleo-clima e páleo-ecologia». Anuário de Divulgação Científica. Universidade Católica de Goiás. Goiânia, 1980.

A. N. AB'SABER: «O domínio morfoclimático semi-árido das caatingas brasileiras». Ibilce, núm. 06. São Paulo, 1980.

A. N. AB'SABER: «Os Sertões. A originalidade da terra». Ciência-Hoje, vol. 8, núm. 15, 1985.

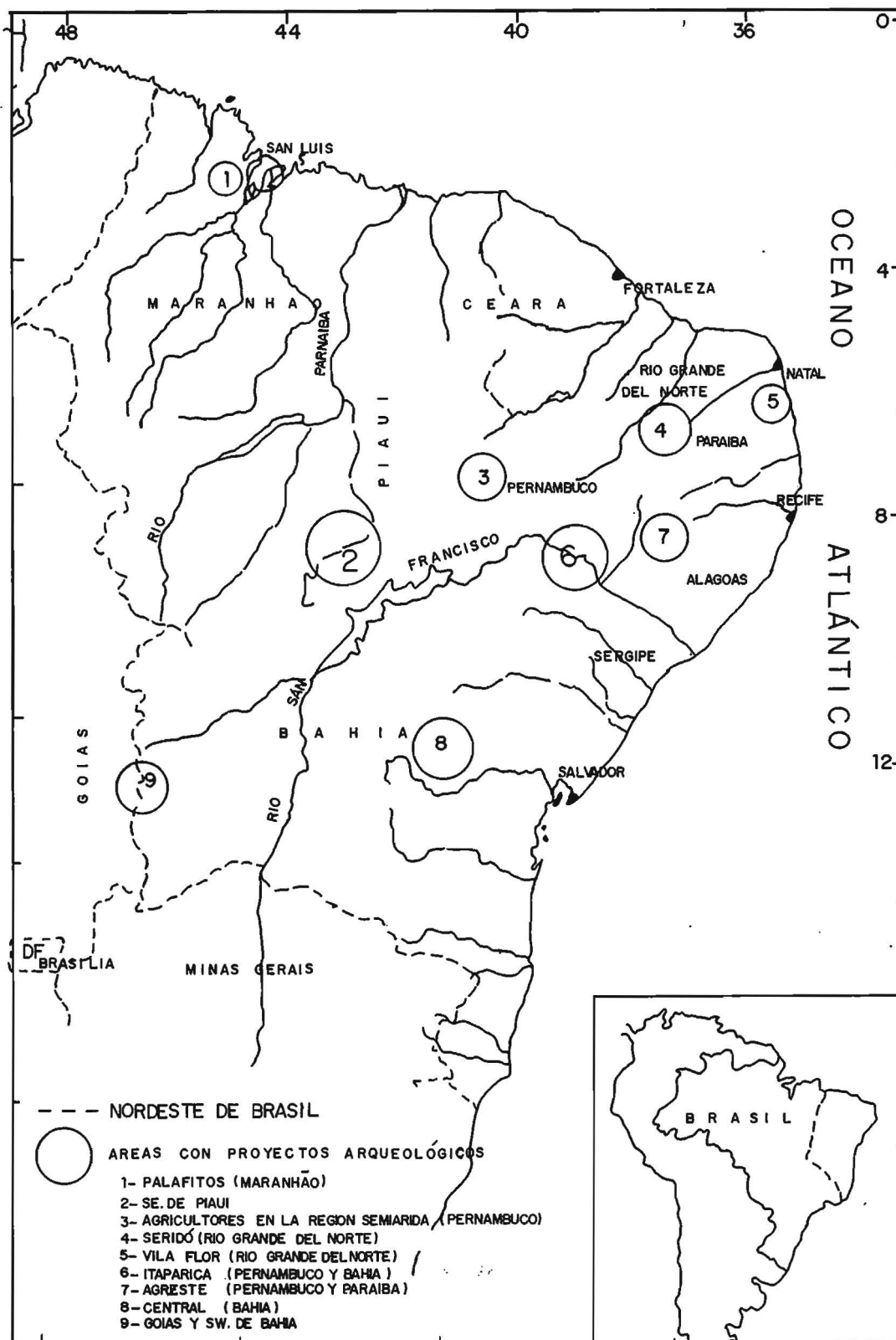


Fig. 1

de dominio semiárido. Son suelos más fértiles, con filetes de agua, donde es posible cultivar casi todos los productos y frutas típicas de los trópicos húmedos (10). En los *brejos* de altura es posible cultivar café en medio de regiones áridas. El *brejo* es siempre un enclave tropical en medio del semiárido.

Desde el ángulo arqueológico, que es el que aquí interesa, los *brejos* son lugares importantísimos para el conocimiento de la Prehistoria brasileña porque fueron lugares de atracción y concentración de grupos humanos, donde las estrategias de sobrevivencia del hombre prehistórico, pudieron desarrollarse. En lugares de *brejo* encontramos hoy grupos indígenas remanentes como los Pankararú de Pernambuco, aldeados en el *Brejo dos Padres* (11) por misioneros de São Felipe Neri. En *Brejo da Madre de Deus*, también en Pernambuco, fue descubierta la mayor necrópolis prehistórica del Nordeste (12) y es también en regiones de *brejo*, en Río Grande del Norte, donde hemos encontrado numerosos yacimientos prehistóricos de cazadores y abundancia de pinturas rupestres (13).

Entre los inmensos *sertões* secos y la llamada *Zona de la Mata* que corresponde a la región litoral, existe el *agreste* o *agrestes*. En términos amplios, los *agrestes* constituyen zonas de transición no muy anchas ni homogéneas, sin formar una faja continua, sino más bien «manchas de agreste» entre el litoral y el semiárido. El índice pluviométrico es mayor que en el *sertão* y menor que en el litoral, y la vegetación es arbórea. Existen en los *agrestes* ríos de recorrido corto y cursos de agua menores en cuyas márgenes no es raro encontrar grabados y pinturas rupestres sobre formaciones graníticas redondeadas.

El litoral nordestino se extiende desde Maranhão hasta Bahía. En general, es bajo y arenoso, sin grandes accidentes ni elevaciones, muy erosionado y con extensas áreas punteadas de bahías, islas, canales, pantanos, aluviones y dunas, especialmente en el litoral septentrional. Otra característica del litoral nordestino son los arrecifes de

(10) AB'SABER: Op. cit. en la nota 9, 1965.

G. O. ANDRADE y R. C. LINS: «Introdução ao estudo dos brejos pernambucanos». Arquivos do Instituto de Ciências da Terra, núm. 02. Recife, 1964.

(11) C. ESTEVÃO: «O osuário da "Gruta do Padre" em Itaparica e algumas notícias sobre remanentes indígenas do Nordeste». Separata do Boletim do Museu Nacional, vol. XIV-XV (1938-1941). Rio de Janeiro, 1943, págs. 150-210.

(12) M. ALVIM y S. M. SOUZA: «Os esqueletos humanos na Furna do Estrago, Brejo da Madre de Deus, Pernambuco». Clio, núm. 6, Série Arqueológica-1. Recife, 1984.

M. ALVIM: «O grupo pré-histórico da Furna do Estrago, PE, e suas relações biológicas com outras populações pré-históricas e atuais do Brasil». Conferência pronunciada no I Simpósio de Pré-História do Nordeste Brasileiro. Recife, 1987.

J. M. D. DE LIMA: «Pesquisa arqueológica no Município de Brejo da Madre de Deus-PE». Symposium, vol. 26. Recife, 1984.

J. M. D. DE LIMA: «Arqueologia da Furna do Estrago, Brejo da Madre de Deus-PE». Dissertação apresentada ao Mestrado de Antropologia da Universidade Federal de Pernambuco. Recife, 1985.

J. M. D. DE LIMA: «Arqueologia da Furna do Estrago, Brejo da Madre de Deus-PE». Clio, núm. 7, Série Arqueológica-2. Recife, 1985, págs. 97-112.

M. ALBUQUERQUE: «Nota prévia sobre a ocorrência de pictografias no município de Brejo da Madre de Deus». Separata do Boletim do Instituto Joaquim Nabuco de Pesquisas Sociais, núm. 18. Recife, 1971.

(13) G. MARTIN: «Casa Santa: um abrigo com pinturas rupestres do estilo Seridó, no Rio Grande do Norte». Clio, núm. 5. Recife, 1982, págs. 55-80.

G. MARTIN: «Amor, violência e solidariedade no testemunho da arte rupestre brasileira». Clio, núm. 6, Série Arqueológica-1. Recife, 1984.

G. MARTIN: «Íngá Paraíba in Herança: a expressão visual do brasileiro antes da influência do europeu». Dow Química. São Paulo, 1984.

G. MARTIN: «Arte rupestre no Seridó (RN): O sítio "Mirador" no Boqueirão de Parelhas». Clio, núm. 7, Série Arqueológica-2. Recife, 1985, págs. 81-96.

arenito y de coral que surgen en el Ceará y llegan hasta el Sur de Bahía. Paralelos a las playas, corresponden a las antiguas costas sumergidas.

En casi toda la región Nordeste domina el Pre-Cambriano. Las mayores altitudes no sobrepasan los 1.000 metros, como en la Chapada de Araripe (entre Pernambuco y Ceará) y en los bordes de la cuenca del San Francisco. La Chapada Diamantina, en Bahía, de forma tabular, divisor de aguas entre los ríos que corren hacia el Atlántico y los tributarios del San Francisco, forma una muralla con altitudes superiores a los 1.000 metros, llegando a 2.100 en el Pico de las Almas. Región semidesierta, se presenta como prometedora para la investigación arqueológica donde se han detectado yacimientos prehistóricos de cronologías muy antiguas.

Las más extensas elevaciones de todo el Nordeste corresponden al macizo de Borborema, formadas de granitos, gneiss y cuarzos, con alturas que se mantienen entre 700-800 metros y en donde en algunos casos llega a sobrepasar los 1.000 metros.

Los fenómenos climáticos del Nordeste no se manifiestan en marcadas diferencias térmicas, sino en grandes variaciones pluviométricas, contrastando el régimen de lluvias intenso en la costa y la escasez absoluta en el interior.

Las variaciones anuales de temperatura son pequeñas con excepción de las áreas superiores del macizo de Borborema y Chapada Diamantina. En el 95% del territorio del Nordeste ningún mes del año acusa temperatura inferior a 18 grados, con más calor en la región septentrional donde se registran temperaturas medias de 24° a 26°, con excepción de las chapadas. Las máximas temperaturas de la región se registran en el interior, con temperaturas diurnas de 40° en los períodos más secos (14).

LOS CAZADORES PREHISTORICOS DEL NORDESTE Y SUS ESTRATEGIAS DE SOBREVIVENCIA

El indio brasileño, en su estadio cultural más avanzado, no pasó de un neolítico primario preurbano. Su habitación nunca fue totalmente estable desde una proyección histórica, no trabajó la piedra para la construcción ni conoció el ladrillo o el adobe y no construyó ciudades. No conoció la rueda ni el torno de alfarero y, con excepción de algunos tipos de cerámica de la región amazónica de origen subandino y circuncaribe, no fabricó ningún tipo de cerámica artística. No conoció los metales. No domesticó ningún animal económicamente rentable. En general, su organización social no estaba dividida en clases y castas, a excepción quizá de los grupos asentados en la isla de Marajó, en el bajo Amazonas. Siempre anduvo desnudo o semidesnudo.

Comparados con los mayas, con su complicada estratificación jerárquica y su escritura jeroglífica, o con los incas, detentores de conciencia «imperialista», los indios brasileños aparecen tan salvajes y primitivos como lo fueron a los ojos de los primeros portugueses aportados a las tierras de Vera Cruz.

La situación cultural del indígena brasileño en la época del contacto europeo, era,

(14) Fundação Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE): «Geografia do Brasil. Região Nordeste». Vol. 2. Rio de Janeiro, 1977.

posiblemente, estable desde hacía dos mil años entre las poblaciones agrícolas del litoral y era la misma de, por lo menos, diez mil años, entre los grupos preneolíticos o de cazadores-recolectores de las regiones más al interior.

Pero, a pesar del cuadro expuesto, el gran interés de la Prehistoria brasileña, sobre todo en las regiones más ingratas del interior del Nordeste, es observar la gran capacidad de adaptación del hombre a una naturaleza particularmente perversa y ver que, en ese medio hostil, fue capaz de crear su «hábitat» y hasta desarrollar un arte expresivo y bello, como son las pinturas rupestres del SE de Piauí o de la región de Seridó, en el estado de Río Grande del Norte, situadas en el dominio del semiárido.

Las evidencias radiocarbónicas acompañadas de hallazgos de material lítico y señales de ocupación humana, demostraron, sin lugar a dudas, que la región NE de Brasil fue poblada desde el Pleistoceno cuando las condiciones climáticas deberían ser bien diferentes. Hallazgos de fauna y megafauna pleistocénica como ciertas formas de camélidos (paleo-llama?) y perezoso gigante, indican períodos áridos de vegetación diferente, pero aunque tengamos la seguridad de la presencia humana en el Nordeste a partir de 39.000 años en el SW de Piauí (región de San Raimundo Nonato), 27.000 en el NW de Bahía y 11.000 en Pernambuco, ningún resto humano atribuible a estas fechas o asociado a fauna extinguida ha sido encontrado hasta ahora.

En general, ése es el drama de la Prehistoria americana: el escaso número de restos humanos que puedan ser, con seguridad, atribuidos a épocas muy antiguas. El caso de Piauí es significativo: en casi 300 yacimientos registrados y, por lo menos, diez fechas de C-14 que van de 17.000 a 39.000 años BP, ningún resto humano ha sido registrado, aunque las condiciones climáticas caracterizadas por una extrema sequedad, sean propicias a la conservación de huesos.

Fechas muy antiguas, rondando los 40.000 años BP, fueron señaladas en la región central de Bahía, con resultados todavía sin publicar, pero donde tampoco fueron encontrados restos humanos.

Pinturas rupestres fechadas en 17.000 años BP, en *Sítio da Pedra Furada* (San Raimundo Nonato, Piauí) (15), muestran escenas de caza con numerosa fauna de tipo actual: capivara (*Hydrochoerus hydrochoeris* L.); ema (*Rhea americana* L.), también llamada, impropriamente, avestruz americana; armadillos, de los que se conocen once especies distintas en Brasil (*Tolypeutes tricinctus* [L.], *Priodontes giganteus* [E. Geof], etc.) y diferentes tipos de cérvidos. Queda en duda la presencia entre esas pinturas de un camélido, especie de la que fueron encontrados restos óseos en la misma región.

Indicios cada vez mayores parecen afirmar la relación de la fauna gigante con el hombre sudamericano. Sabemos que la megafauna perduró en América del Sur mucho más tiempo que en el Viejo Mundo. El perezoso gigante vivió seguramente hasta los últimos 15.000 años, época en que el hombre ya habitaba el Nordeste del Brasil y pudo haberlo cazado con facilidad. Restos de este desdentado, del tamaño de un elefante, fueron encontrados en el Nordeste y región central del Brasil.

(15) GUIDON: Op. cit. en la nota 5, 1986 «A sequência...».

En el yacimiento de la *Toca da Barra do Antonião*, en San Raimundo Nonato (Piauí), formado por un gran abrigo en la entrada de galerías calcáreas, en la planicie precambriana, fueron encontrados restos de caballo americano y de *Eremotherium* que, analizados en el Museo Americano de Historia Natural de New York, fueron clasificados como cortados y quebrados por acción humana. Se encontraron también piezas líticas talladas en el mismo estrato de los fósiles y restos de carbón.

La asociación de megafauna con material lítico tallado también fue detectada en depósitos del Pleistoceno llamados *tanques*, en el Estado de Río Grande del Norte y en una laguna pleistocénica en Pernambuco (16).

La contemporaneidad del hombre con la megafauna durante el último período del Pleistoceno Superior, calculado para Sudamérica entre 40.000-12.000 años, está suficientemente probada; sin embargo, falta el dato definitivo que es el hallazgo del propio hombre.

Con raras excepciones, las culturas prehistóricas de Sudamérica fueron crónicamente deficitarias de proteínas (17). El círculo clásico que caracteriza las culturas neolíticas del Viejo Mundo, agricultura-pastoreo, en el que el ganado abona la tierra renovando así su capacidad productora y, al mismo tiempo, proporcionando el complemento proteico a través de la leche y la carne que falta en la alimentación vegetal con base en los cereales, no se realizó en América. En el Nuevo Mundo, a excepción de los criadores de pavos del Sur de los Estados Unidos y los rebaños de llamas y alpacas de las culturas andinas, no hubo ninguna especie de ganado domesticable. Como consecuencia, ese factor decisivo va a determinar la evolución cultural de los pueblos americanos.

La división hombre cazador-recolector nómada y agricultor-pastor sedentario, del Viejo Mundo, no es válida para América. En las sociedades agrícolas de Europa o Asia, el ejercicio de la caza pasará a ser actividad de tribus «bárbaras» o distracción de clases privilegiadas, pero en Sudamérica el hombre primitivo, hasta en las sociedades indígenas más organizadas, nunca dejará de ser cazador como imperativo impuesto para la obtención de proteínas, y con excepción de las altas culturas andinas, será siempre seminómada a causa del rápido agotamiento del suelo, sin la posibilidad del abono orgánico que la existencia del ganado proporcionaría. En algunas regiones, donde la caza era más escasa y donde la tala de la mata para el cultivo exigía cada vez mayores extensiones, la falta de proteínas debía ser apremiante, especialmente en las regiones más secas del Nordeste de Brasil, donde muchos ríos tienen inclusive pocos peces por su alta salinidad.

Es posible que la antropofagia, atribuida a varios grupos indígenas del Nordeste, no fuese simplemente ritual y sí una forma de suplir deficiencias proteicas.

(16) A. F. G. LAROCHE: «O sítio arqueológico da Pedra do Caboclo». Ginásio Pernambucano. Secretaria de Educação e Cultura. Recife, 1970.

A. F. G. LAROCHE: «Contribuição para a Pré-História pernambucana». Gabinete de História Natural do Ginásio Pernambucano. Recife, 1977.

A. F. G. LAROCHE: «Arqueologia Pernambucana». Museu e Gabinete de História Natural do Ginásio Pernambucano. Recife, 1977.

(17) Entre esas excepciones podríamos citar los *sambaquis* brasileños, cuya base alimenticia era la proteína pura de los moluscos y mariscos.

El nomadismo o seminomadismo del indio prehistórico del Nordeste de Brasil siempre tras la caza o abriendo nuevos campos de cultivo, es uno de los factores determinantes de su estructura preurbana y del desinterés por la construcción de viviendas más estables.

La idea de cazadores prehistóricos abatiendo animales de gran porte debe ser olvidada en parte, ante la realidad que nos presenta a un hombre alimentándose de toda clase de roedores, caracoles, lagartos y gran cantidad de insectos. P. I. Schmitz los ha llamado «comedores de microfauna», tal es la cantidad de pequeños huesos encontrados en algunos yacimientos del Nordeste, como es el caso de la *Furna do Estrago*, en Pernambuco.

Una teoría sugestiva levantada por el autor citado (18) es que los cazadores especializados llegaron a Brasil por las altas planicies de Goiás, pero la falta de animales de las grandes praderas (bisontes) transformó en inútil una tecnología lítica de puntas de proyectil. La trampa, el dardo de madera y la rapidez de las propias manos, serían más útiles para atrapar pequeños animales.

Las industrias líticas de la región Nordeste de Brasil son casi siempre unifaciales, con escasez de puntas de proyectil. Industrias de núcleos y lascas a partir, sobre todo, de cantos rodados especialmente en el valle del Río San Francisco, donde es abundante esta materia prima. Los tipos de roca más usados son cuarzo, cuarcita, granito, sílex y calcedonia. También cristal de roca en Río Grande del Norte.

En el SE de Piauí, área mejor estudiada hasta ahora, que corresponde al municipio de San Raimundo Nonato, el material lítico colectado y fechado, puede ser agrupado en cinco períodos. El primer período se caracteriza por piezas líticas en cantos rodados, de cuarzo de pequeñas dimensiones (3 a 4 cm.), preparadas por golpe de buril, dando origen a pequeñas piezas con puntas, localizadas en el yacimiento del *Boqueirão da Pedra Furada* (32.000-25.000 BP) (figs. 2 y 3).

Entre 25 y 17.000 ocurre un hiato sin ocupación que, quizás, podrá ser completado en futuras investigaciones.

Un segundo período, bien documentado, se desenvuelve entre 17.000 y 12.000 años, con utensilios hechos a partir de núcleos de cantos rodados de cuarzo y cuarcita de 5 a 10 cm. y lascas trabajadas con la función de raspar o cortar (*Sítio do Meio*).

El tercer período se caracteriza por una mayor variedad de utensilios, con aparición de la técnica de retoque por presión y mejor acabado de las piezas trabajadas por percusión, en cuarzo, cuarcita y sílex. Aparecen cuchillos retocados, raspadores alargados, raederas, perforadores o punzones y raspadores con entalles (*Boqueirão da Pedra Furada*, *Toca do Bojo I*, *Toca da Boa Vista I y II*, *Toca do Paraguaio*). Este período se extiende entre 12.000-8.000 años en el SE de Piauí, mientras que en otras regiones del Nordeste es más tardío, apareciendo hacia 6.000 en el valle de San Francisco (*Gruta do Padre*, Pernambuco). Los instrumentos de este período están asociados a enterramientos primarios en el SE de Piauí y en Río Grande del Norte

(18) SCHMITZ: Op. cit. en la nota 8, 1981.

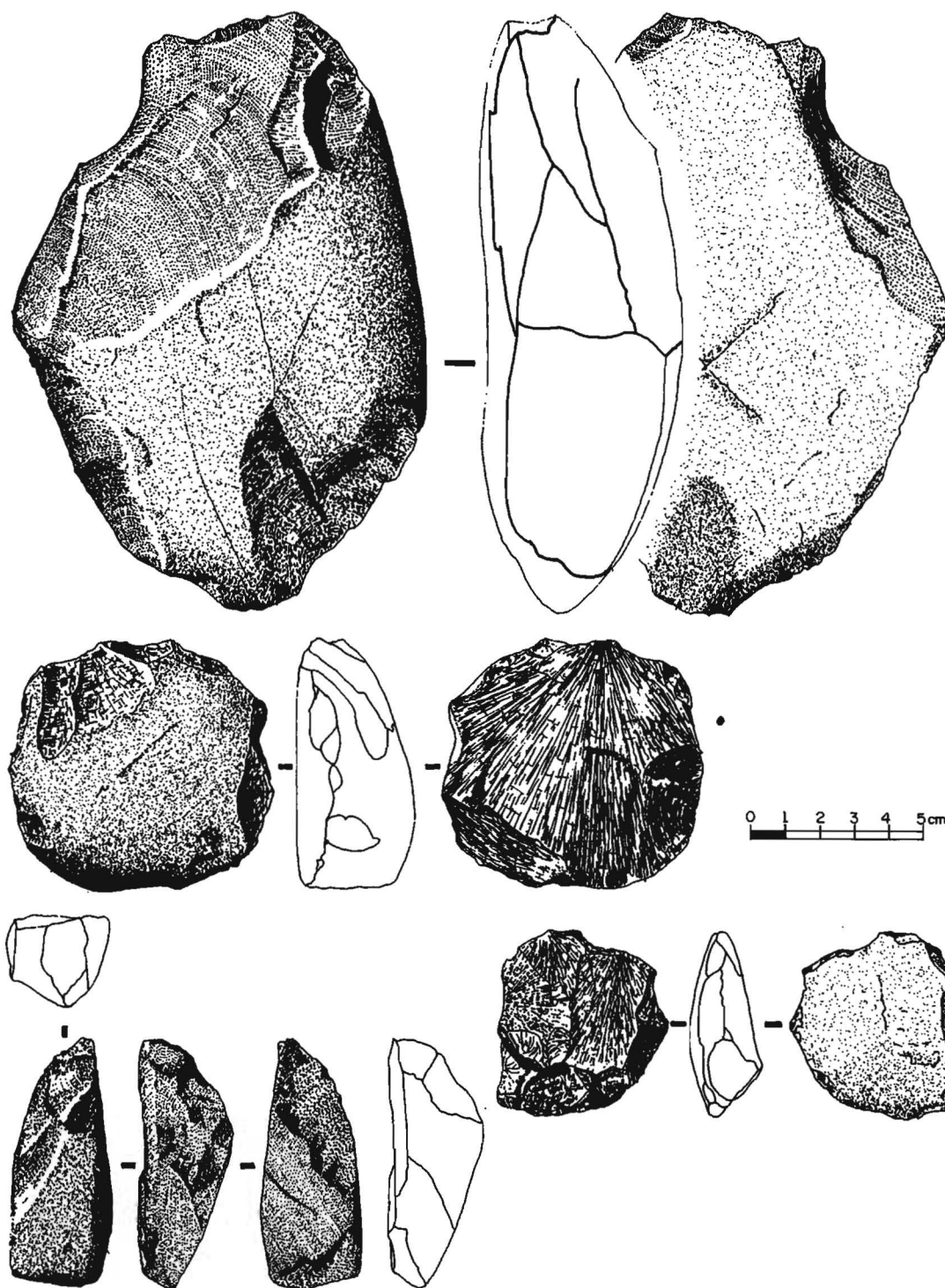


Fig. 2.—Industria lítica procedente de la «Toca do Boqueirão da Pedra Furada», en San Raimundo Nonato, Estado de Piauí, NE de Brasil.

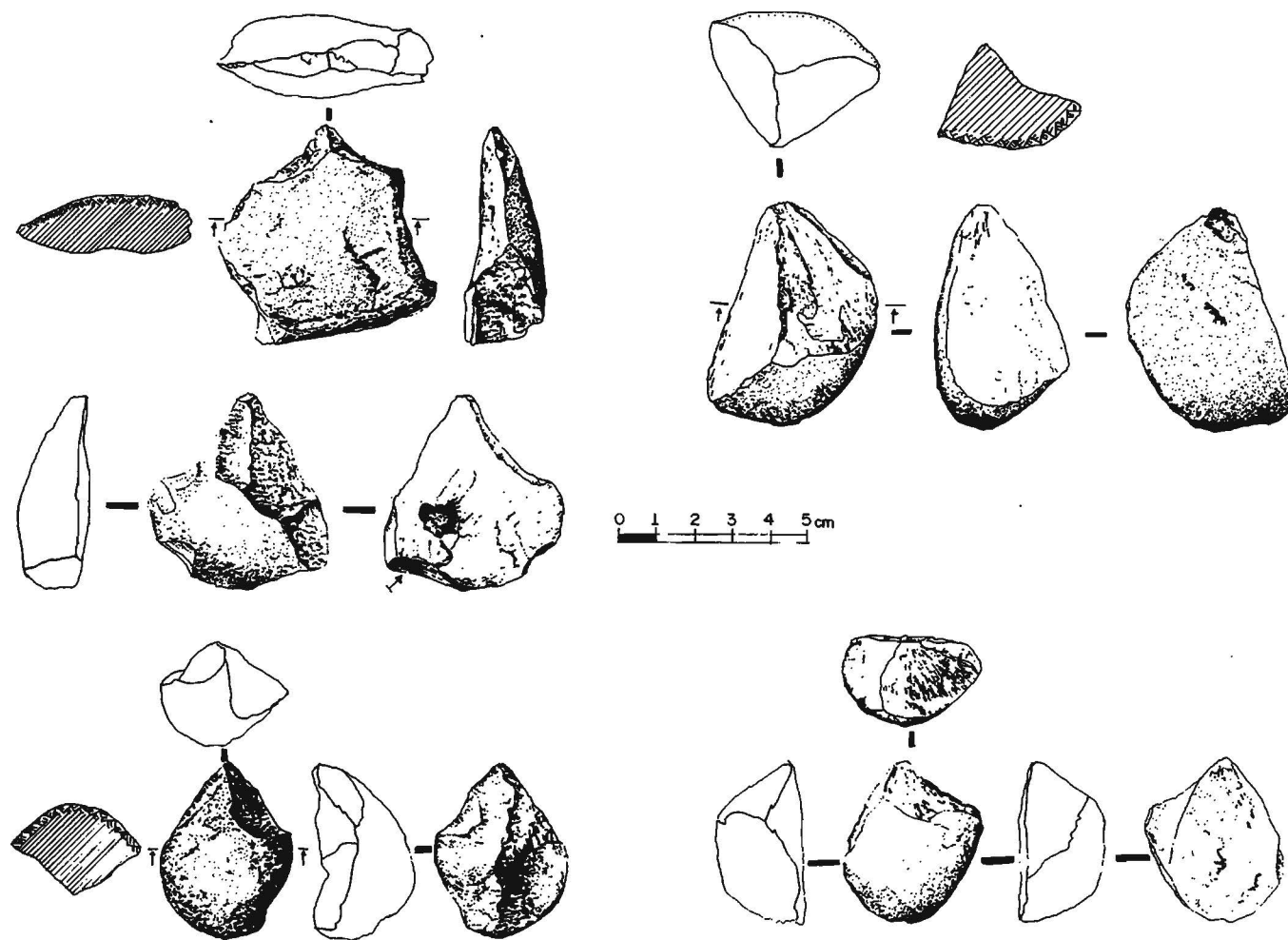


Fig. 3.—Industria lítica procedente de la «Toca do Boqueirão da Pedra Furada», en San Raimundo Nonato, Estado de Piauí, NE de Brasil.

(*Boqueirão de Parelhas*) y a pinturas rupestres de la Tradición Nordeste, también en Piauí y la región de Seridó, en Río Grande del Norte.

El cuarto período, de 8.000 a 5.000 años, tiene como características principales las láminas de sílex en el SE de Piauí (19) y microlascas en Pernambuco (*Letreiro do Sobrado* y *Gruta do Padre*, en el valle de San Francisco, y *Bom Jardim*, en Pernambuco).

Después de 5.000 años, los utensilios a partir de cantos rodados, bloques y grandes lascas presentan acabado menos cuidado. Comienzan a aparecer láminas de hachas pulidas, asociadas a talladas en la *Gruta do Padre*, así como discos, adornos labiales, collares de piedra y hueso, morteros y manos de mortero y aumenta el número de hallazgos de restos de enterramientos.

Estos cambios de tecnología lítica ocurren cuando aparecen las pinturas rupestres de la Tradición Agreste.

Además de los yacimientos citados en abrigos, a lo largo del valle del San Francisco, donde realizamos investigaciones arqueológicas sistemáticas, antes que la región sea inundada por un lago artificial que alimentará la hidroeléctrica de Itaparica (20), existen numerosos yacimientos a cielo abierto que se extienden durante muchos kilómetros en ambos márgenes del río entre Pernambuco y Bahía, con industrias líticas de núcleos a partir de cantos rodados, entre las que identificamos raspadores con tallado circular, percutores y perforadores muy típicos, que hemos llamado de «hombro». Los yacimientos citados deben corresponder a campamentos temporales de cazadores-pescadores que, con gran movilidad, recorrían las orillas del río tras la caza y la pesca, trabajando los utensilios «in situ» y abandonándolos después (21). No tenemos cronologías seguras para estos campamentos, pero muchos artefactos son semejantes a los encontrados en los estratos más antiguos de la *Gruta do Padre*, fechados en torno de 6.000 años BP.

El valle del San Francisco debió ser centro de atracción de grupos prehistóricos llegados de los altiplanos de Goiás y del SE del Piauí, especialmente en épocas comprendidas entre 8.000-7.000 años BP, que corresponde a una fase climática muy seca. Esos grupos llegaron en busca del agua y de los alimentos que el río proporciona, pues el San Francisco, además de caudaloso y navegable, tiene abundante pesca.

Especial atención merecen las puntas de flecha y de lanza talladas en cuarzo, cristal de roca, sílex y granito encontradas en Río Grande del Norte, especialmente en la región de Seridó, donde también hemos encontrado las pinturas rupestres de la Tradición Nordeste. Algunos de estos proyectiles recuerdan las puntas de Yuma. Como aparecen en una región de intensa mineración, están casi siempre en manos de

(19) J. ROCHA: «A tecnologia pré-histórica em São Raimundo Nonato, Piauí (10.000-5.000 anos AP). Os artefactos de pedra». Dissertação apresentada ao Mestrado em História. Universidade Federal do Pernambuco. Recife, 1984, 214 págs.

(20) G. MARTIN y A. AGUIAR: Projeto Itaparica de Salvamento Arqueológico. Nota prévia». Clio, núm. 6, Série Arqueológica-1. Recife, 1984.

G. MARTIN, A. AGUIAR, J. HOFFNAGEL y S. FERRAEZ BARBOSA: «Projeto Itaparica de Salvamento». Relatório do Primeiro Ano. Recife, 1985.

(21) G. MARTIN, J. ROCHA y M. LIMA: «Indústrias líticas em Itaparica, no Vale do Médio São Francisco (Pernambuco)». Clio, núm. 8, Série Arqueológica-3. Recife, 1986, págs. 99-136.

coleccionistas de piedras preciosas y hasta ahora no existen estratigrafías ni fechas radiocarbónicas que las puedan relacionar con culturas determinadas. Una fecha de 9.000 años es muy dudosa (22).

De momento, las ocupaciones humanas más antiguas corresponden al SE de Piauí, pero esto puede ser consecuencia de los trabajos sistemáticos en la región desde hace quince años (23). Investigaciones en otras áreas podrán modificar el panorama en el futuro.

Cabe ahora preguntarnos qué tipos humanos poblaron y se adaptaron a la región semiárida del Nordeste brasileño. De los habitantes del litoral que entraron primero en contacto con portugueses y franceses, existen muchos relatos y crónicas que los retratan con mayor o menor aproximación, inclusive con gran cantidad de dibujos y grabados, como es el caso de Hans Staden, marinero alemán que vivió entre los tupinambás en la primera mitad del siglo XVI, dejando en su relato *Viagem ao Brasil* (24) valiosa documentación gráfica de los usos, costumbres y aspecto físico de esos indios, pero a esos relatos no se les puede dar valor científico, desde el punto de vista de la antropología física. Para otras regiones de Brasil existen estudios sobre grupos humanos como el hombre de Lagoa Santa, en Minas Gerais, que dio nombre a toda una raza sudamericana o los estudios sobre el hombre del *sambaqui*, también bastante completos, pero para el Nordeste pocos restos proporcionarán la posibilidad de estudios antropológicos seguros, a causa de los escasos yacimientos estudiados y del repetido uso de la incineración, como es el caso de la Gruta del Padre, en Pernambuco, y de los abrigos del Seridó, en Río Grande del Norte (25).

El hallazgo de la *Furna do Estrago* en Brejo da Madre de Deus (Pernambuco) proporcionó un número considerable de esqueletos en buen estado de conservación de los que se han identificado hasta ahora ochenta, cuando todavía no se ha excavado la mitad del abrigo. Del examen de 60 individuos (26) se llegó a la conclusión de que se trataba de una población muy homogénea de braquicéfalos de constitución robusta, estatura media de 162 cm. para los hombres y 152 cm. para las mujeres. Algunos individuos llegaron a los 50 años. La capacidad craneana era de 1.419 cm³ para los varones y 1.374 cm³ para las hembras. Cara y nariz ancha, dientes con buena estructura y pérdida precoz, además de intensa abrasión como consecuencia de la masticación de raíces. La mortalidad infantil de 40% fue considerada normal para una sociedad indígena. Fue también observada la presencia de artrosis como consecuencia del transporte de peso excesivo.

Esa investigación hizo posible el estudio comparativo con otros grupos prehistóricos (hombre de Lagoa Santa, hombre del *sambaqui*) y con grupos indígenas actuales, como los botocudos. La conclusión obtenida fue que el grupo de la *Furna do Estrago* estaría separado biológicamente de los otros grupos, formando una población distinta

(22) LAROCHE: Op. cit. en la nota 16, 1977: «Arqueologia...».

(23) GUIDON: Op. cit. en la nota 5, 1985: «A arte pré-histórica...».

(24) H. STADEN: «Viagem ao Brasil». 1.ª edición. Frankfurt, 1557.

(25) MARTIN: «Amor, violência...» e «Íngá Paraíba...», ops. cit. en la nota 13.

(26) ALVIM y SOUZA: Ops. cit. en la nota 12.

y uniforme, ancestral de los indios actuales braquicéfalos del Nordeste de Brasil, llamados «cabezas chatas».

LAS CULTURAS AGRICOLAS

De los tres cultivos básicos de la agricultura primitiva americana —maíz, frijoles y mandioca—, la última fue el cultivo principal de las llamadas culturas de floresta tropical. Originaria, probablemente, de la amazonia colombiana, la mandioca, con sus dos variedades, «amarga» o «brava» (*Manihot utilissima*) y «dulce» (*Manihot aipi*), fue el alimento básico de gran parte de las poblaciones históricas de Brasil, desde la Amazonia hasta la región subtropical, en donde el maíz tuvo mayor importancia.

No sabemos cómo el indio americano llegó a descubrir el proceso de elaboración de la mandioca «brava» para transformarla de un vegetal amargo y venenoso en un alimento útil y base de su alimentación. La mandioca, de la familia de las euforbiáceas, forma gruesos tubérculos radicales ricos en almidón. El ácido cianídrico, que puede hacer de la mandioca un producto mortal, es muy volátil y fácil de eliminar por evaporación, cuando se conoce el proceso, que no es difícil, pero sí ingenioso. Básicamente, el tratamiento de la mandioca «in natura» consiste en retirar la cáscara del tubérculo, que inmediatamente es rallado, transformado en pulpa y después prensado para retirar el líquido venenoso. En la región amazónica la pulpa era exprimida en el *tipiti*, especie de cesto en forma de tubo trenzado de fibra y con dos argollas en los extremos. La pulpa de mandioca era colocada dentro del tubo y colgada en la rama de un árbol. Estirando con fuerza del extremo opuesto, el *tipiti* se estrecha y comprime la pulpa de mandioca exprimiéndole el líquido venenoso. Este ingenioso utensilio todavía se usa entre las poblaciones indígenas amazónicas, pero no parece que llegara a ser usado entre los indígenas del Nordeste. Estos debían exprimir la mandioca entre hojas de palma como todavía se hace actualmente en el campo. Después de bien exprimida, la pulpa se pasa por un tamiz para que quede suelta y finalmente se tuesta sobre una superficie plana de piedra, ladrillo o cerámica, para eliminar cualquier resto de humedad y de ácido cianídrico. Los indígenas secaban la mandioca y lo siguen haciendo sobre un plato grande y plano a veces con pies, cuyos fragmentos en los yacimientos arqueológicos, indican la presencia de grupos cultivadores de ese tubérculo.

El producto resultante es la harina de mandioca o tapioca, ya lista para el consumo y que bien guardada se conserva durante mucho tiempo. El líquido blancuzco resultante del exprimido de la pulpa, es recogido en un recipiente de cerámica y dejado reposar al sol. Por decantación se deposita en el fondo del recipiente un polvo blanco finísimo, llamado *goma* en Brasil. El ácido se evapora y después de eliminar el líquido que lo cubre, resultante de la decantación, y cubrirlo con agua limpia, se conserva durante días inalterable, incluso en clima muy caliente. Con ese «polvillo» o «goma», después de tamizado para soltarlo, se hacen, sobre asadores de cerámica, tortas finísimas de agradable sabor; es el *beiju*, verdadero pan indígena, que sustituye a nuestro pan.

La mandioca tiene un ciclo vegetativo largo, de nueve meses, pero en compensación puede continuar en la plantación sin ser recolectada hasta 18 meses, de forma que es recogida durante nueve meses según las necesidades y cuando una cosecha está terminando, la siguiente ya puede comenzar a ser recolectada, de forma que el ciclo nunca se cierra y no hay necesidad de acumular grandes cantidades de depósitos. Por el contrario, la mandioca «dulce», especie no venenosa llamada *macaxeira* en el NE y *aipim* en el Sur de Brasil, tiene un ciclo vegetativo más corto, no necesita de manipulaciones especiales para su consumo y puede comerse simplemente cocida o asada, pero tiene el inconveniente de no conservarse, debiendo ser consumida rápidamente porque se endurece y se torna fibrosa. Así, pues, es la harina de mandioca el producto por excelencia para ser conservado y transportado y es todavía hoy el alimento básico de la población campesina del Nordeste.

Una bolsa de cuero en forma de zurrón, con carne seca molida y mezclada con harina de mandioca, es utilizada hasta hoy por pastores, cazadores y campesinos en el interior de Piauí. Es la *paçoca*, alimento nutritivo para grandes caminatas, pues siendo la mandioca hidrato de carbono puro, la dieta debe ser complementada con proteínas so pena de graves deficiencias alimenticias.

Hacia 3.000 BP aparecen los primeros agricultores en el Nordeste de Brasil, localizados principalmente en el interior, pues los grupos del litoral son más recientes, con una agricultura incipiente de maíz, calabazas, alubias y cacahuètes. Las aldeas tienen forma circular, a veces de grandes dimensiones, con cabañas de forma elíptica con capacidad para varias familias, como puede apreciarse todavía en aldeas indígenas actuales. Son fácilmente identificables por grandes manchas humosas con fragmentos cerámicos en la superficie. La estratigrafía es generalmente poco profunda, indicando ocupaciones no muy largas.

El litoral del Nordeste de Brasil está más poblado actualmente que el interior. Al parecer, también lo estaba por las poblaciones indígenas, según relatos de cronistas de época colonial; sin embargo, en lo que respecta a yacimientos arqueológicos, las regiones del interior son mucho más ricas que las costeras. Para el Pleistoceno Superior y Holoceno Antiguo es imposible detectar ninguna ocupación humana porque hubo un marcado rebajamiento de la plataforma continental atlántica en América del Sur y los posibles yacimientos del litoral deben estar sumergidos, como debe haber ocurrido con muchos *sambaquis* (27) del SE del país. En el litoral los yacimientos arqueológicos localizados son, en general, aldeas de agricultores que plantaban principalmente mandioca, maíz y algunos tipos de calabazas. Aunque no tenemos datos seguros, parece que la introducción de alubias o frijoles fue posterior.

(27) Los *Sambaquis* son yacimientos arqueológicos semejantes a los concheros epipaleolíticos de la Península Ibérica y a los *Kiokkenmoeddynger* escandinavos. Algunos *Sambaquis* alcanzan hasta 30 m. de altura en el litoral de São Paulo y Santa Catarina y servían de habitación y de necrópolis. Los más antiguos se remontan a 7.000-8.000 años BP. En el Nordeste no se encontraron estos tipos de yacimiento, correspondiendo los últimos hallazgos al Sur de Bahía. Los hay también en el Estado de Pará, en la región amazónica; son fluviales y de culturas ya ceramistas.

LA CERAMICA

La tentativa de B. Meggers (28) de relacionar la cerámica de Valdivia (Ecuador) con la de Jomón (Japón), apoyada en la semejanza de los motivos decorativos geométricos, tentativa en la que encontramos claros resabios hiperdifusionistas, no fue aceptada unánimemente por los prehistoriadores americanistas. El origen autóctono de las culturas americanas tiene cada vez más adeptos, especialmente en lo que se refiere al origen de la cerámica.

En Brasil, la introducción de la cerámica sigue la vía amazónica a partir del alto Amazonas, por los ríos Napo y Ucayali. Las cerámicas de la cuenca del Amazonas guardan marcadas características subandinas y de la región circuncaribe hasta desembocar en la cerámica típica de la cultura Marajó, en la isla del mismo nombre, ya en la desembocadura del Amazonas. Para el resto de Brasil, las cerámicas prehistóricas conocidas son más simples en las formas, y la decoración que puede ser incisa, cepillada, unglada, raspada y también pintada en varios colores, siendo esta última variedad de tradición tupiguaraní.

En Brasil se ha adoptado una nomenclatura para la cerámica dividida en *tradiciones*, *subtradiciones* y *fases*. Las tradiciones que abarcarían grandes áreas geográficas están más o menos fijadas en sus grandes rasgos, pero de las subtradiciones y especialmente las fases, se ha abusado un poco, con excesivas divisiones, de tal manera que, en muchos casos, cada autor crea sus propias fases que se repiten «ad infinitum» y cada hallazgo de aldea o resto funerario con cerámica, se transforma en una fase. Como consecuencia, la bibliografía brasileña sobre cerámica prehistórica está llena de nombres indígenas indicando fases cerámicas sin que quede muy claro cuáles son las diferencias entre ellas y, lo que es más grave, si esas «fases» corresponden o no a formas culturales distintas. No han faltado tentativas de unificación y un gran esfuerzo se debe a B. Meggers (29), pero la resistencia continúa grande con base, sobre todo, en el individualismo de cada investigador.

En grandes líneas, podemos considerar en el Nordeste brasileño dos grandes tradiciones cerámicas: la ARATU y la TUPIGUARANÍ, ambas de remoto origen amazónico, pero tan modificadas en el largo camino recorrido que su primitiva filiación se hace casi imposible.

Tradicionalmente, se considera la cerámica tupiguaraní típica de las regiones costeras, con aldeas de forma circular u oval y economía basada en la mandioca. Las formas cerámicas de esta tradición son grandes vasijas circulares o cuadrangulares y platos planos para asar las tortas de mandioca (*beiju*) a que ya nos referimos. Esta cerámica presenta cuidada decoración geométrica, a veces muy elaborada, pintada de rojo, blanco y negro.

(28) B. MEGGERS: «Como interpretar a linguagem da cerâmica». Smithsonian Institution. Washington, 1966.

B. MEGGERS y J. C. EVANS (directores): «Aboriginal cultural development in Latin America: an interpretative review». Smithsonian Miscellaneous Collections, vol. 146, núm. 1. Washington.

(29) MEGGERS: Op. cit. en la nota 28, 1966: «Como interpretar...».

Aunque la mayor concentración de ocupaciones tupiguaraní, con su característica cerámica pintada polícroma, sea indudablemente en la costa, recientemente se viene demostrando que la penetración de esta tradición en el *Agreste* y el *Sertão* fue efectiva, como lo demuestran hallazgos recientes (30).

Las cronologías más antiguas para la cerámica tupiguaraní de subtradición pintada en el Nordeste, están fijadas en torno al cambio de era, con larga perduración hasta la época colonial, pudiéndose encontrar, todavía, cerámicas pintadas en los siglos XVII y XVIII. Al parecer, esta cerámica se originó de una gran tradición polícroma amazónica en torno a 1.500 a. C. (31).

La tradición *Aratú*, llegada al Nordeste también procedente de la cuenca amazónica, como rama desgajada de otra tradición llamada *Pedra do Caboclo* (32), en torno a 700-1.000 a. C., representaría la cerámica de los grupos lingüísticos de tronco «GÊ» que habitaron las regiones del interior del Nordeste brasileño. Son cerámicas de formas y decoración muy sencillas, globulares u ovoides, con tamaños que van desde pequeños cuencos de cocina a grandes urnas funerarias. La decoración, cuando existe, se reduce a un simple alisado o raspado de la superficie. Hemos encontrado urnas funerarias de pequeño tamaño con restos de huesos y cenizas en la *Gruta do Padre*, en estratos fechados en torno a 1.000 años BP, fecha que coincide «grosso modo» con las épocas en que se calcula que esa cerámica comenzó a difundirse por el interior del Nordeste.

LOS PALAFITOS DEL MARANHÃO

Merece mención especial, por la originalidad de su estructura, la cultura ceramista instalada sobre palafitos en la isla de San Luis, en el Estado del Maranhão. Este Estado, incluido entre los del Nordeste, es más un territorio de transición entre la amazonia y el semiárido nordestino.

Los establecimientos palafíticos a que nos referimos, están situados en una planicie fluvio-marina del golfo de Maranhão que presenta una lenta evolución de un lago a una planicie. En el inmenso lago de Cajari el agua va cambiando de salada a salobre y a dulce, dependiendo de qué trechos, con abundante vegetación lacustre que, a veces, forma verdaderas islas flotantes. El clima es húmedo y caliente con una estación seca muy corta. La flora y la fauna es abundante y variadísima.

En este ambiente que, en la actualidad, pertenece al municipio de Penalva, se desarrolló una cultura palafítica de agricultores, descubierta en 1919, cuando una gran sequía hizo descender el nivel del lago dejando al descubierto los restos de palafitos llamados *estearias* que afloran, actualmente, en la estación seca como una inmensa floresta muerta. Los trabajos de campo sólo comenzaron en 1971 (33). El fondo

(30) M. G. LIMA y J. ROCHA: «Um sítio arqueológico tupiguaraní da sub-tradição pintada no sertão pernambucano». *Clio*, núm. 6, Série Arqueológica-1. Recife, 1984.

(31) J. P. BROCHADO: «Um modelo ecológico de difusão da cerâmica e da agricultura no Leste da América do Sul». Tese Doutorado. Illinois University. Urbana, 1984 (traducción).

(32) BROCHADO: Op. cit. en la nota 31.

(33) C. CORRÊA, A. L. MACHADO y D. LOPES: «As Estearias do Lago Cajari, MA». I Simpósio de Pré-História no Nordeste Brasileiro. Recife, 1987.

de los palafitos aparece completamente cubierto de cerámica lisa y decorada con dibujos geométricos en rojo y blanco y también con motivos zoomorfos, lo que indica su antiguo origen amazónico. Fueron colectados, también, hachas de piedra pulida, cuchillos y raspadores de piedra tallada, asadores o parrillas de cerámica, *muiquitãs* o piedras-talisman y diferentes adornos corporales. Se consiguió una única fecha de C-14 de 570 A. D.

Los resultados completos de las excavaciones todavía no han sido publicados y deberán continuar durante mucho tiempo, pues se trata de un trabajo penoso y difícil, casi siempre en el agua y el barro, en una región insalubre y llena de insectos, que ya costó la vida a uno de sus investigadores.

Los grupos humanos que implantaron su «hábitat» en el lago Cajari, debían ser de origen amazónico acostumbrados a regiones pantanosas. Además de cazar y pescar, plantaban mandioca en los puntos más elevados de las islas y las colinas cercanas al lago, donde la crecida de las aguas no alcanzase las plantaciones.

EL MUNDO SIMBÓLICO EN LA PREHISTORIA DEL NORDESTE DE BRASIL

a) Los ritos funerarios

Entre las formas de enterramiento utilizada por las poblaciones indígenas del Nordeste, los datos para grupos cazadores pleistocénicos continúan siendo muy escasos.

Como ya dijimos, los restos humanos de épocas muy antiguas son escasos en América. Suponemos que la incineración debió ser utilizada en gran escala, dificultando las posibilidades de encontrar restos humanos. Como sea, diferentes formas de enterramiento nos son más conocidas entre grupos de agricultores, que muchas veces depositaron sus muertos en grandes urnas cerámicas en sepultamientos primarios o secundarios por inhumación o incineración.

En la *Gruta do Padre*, en Pernambuco, un estrato de casi un metro de profundidad estaba formado por restos humanos quemados y depositados, después, en el abrigo sin ningún orden. Como las excavaciones en este abrigo se remontan a 1937 (34), seguidas de una excavación estratigráfica y varias clandestinas, no podemos hacer grandes afirmaciones muy seguras. Asimismo, conseguimos excavar un área del yacimiento que no había sido violada porque estaba debajo de grandes bloques de piedra caídos del techo. Los hallazgos nos confirmaron que la forma de enterramiento utilizada fue la incineración fuera del abrigo y posteriormente los huesos quemados fueron simplemente enterrados. En un caso, unos cuantos huesos fueron depositados en una pequeña urna. Entre el ajuar funerario encontramos collares de cuentas de hueso y hachas pulidas. Estos enterramientos fueron fechados entre 2.000-1.000 años BP.

En el yacimiento de *Boqueirão* (Parelhas), en el Río Grande del Norte, excavamos un pequeño abrigo con bellísimas pinturas rupestres en el que identificamos enterra-

(34) ESTEVAO: Op. cit. en la nota 11.

mientos secundarios revueltos con restos de huesos quemados, casi todos de niños, y cuyo ajuar funerario consistía en collares de hueso y conchas marinas. Fue fechado en 9.410 ± 100 BP (CSIC-720) y sirvió como fecha «post quem» para las pinturas rupestres a las que se sobreponían los restos de enterramientos (35).

La misma cerámica utilizada para cocinar y conservar alimentos y agua, servía para enterrar a los muertos, solamente variando el tamaño. Los cuerpos depositados en urnas funerarias eran depositados en abrigos o en las mismas aldeas, siempre a poca profundidad, algunas veces el cuerpo envuelto en tejido de fibra era depositado directamente en el suelo. El rito del «fardo funerario», tan común en toda la región andina, llega atenuado a la zona tropical, donde tampoco podemos descartar las malas condiciones climáticas para conservar los envoltorios con humedad y calor. En las regiones más secas del interior nordestino se conservan mejor, como es el caso de la necrópolis de la *Furna do Estrago*, en el municipio de Brejo da Madre de Deus, en Pernambuco, con algunos enterramientos de «fardo» en muy buen estado de conservación, fechados en torno a 1.000 años BP (36). Esta necrópolis es uno de los más importantes hallazgos de la Prehistoria del Nordeste. El grupo humano que lo utilizó como cementerio era ceramista, y la forma de sepultamiento bastante uniforme durante todo el período de ocupación del abrigo. Los esqueletos estaban envueltos en esteras de fibras vegetales y colocados en posición fletida y decúbito lateral. En otros casos, la fosa funeraria había sido forrada de fibras cuidadosamente dispuestas. El ajuar funerario consistía en collares de cuentas de piedra, hueso, dientes de animales, conchas y simientes, además de otros objetos como espátulas y flautas hechas de tibias. Fragmentos de ocre junto a la nuca y el vientre aparecen también en algunas sepulturas. Un número considerable de recién nacidos fueron sepultados en pequeñas cestas de fibras de palmera y también envueltos en esteras. Algunos de los cráneos conservaban todavía parte del cabello.

El rito de la incineración fue común entre los grupos agricultores de tradición tupiguaraní de las áreas litorales. Urnas de líneas abiertas cuidadosamente decoradas con dibujos geométricos y colores rojo, blanco y negro fueron utilizadas para conservar huesos y cenizas. La inhumación secundaria se realizaba muy corrientemente en la misma aldea, de forma que, en general, no son encontradas verdaderas necrópolis agrupadas y sí enterramientos aislados entre los restos cerámicos que señalan la localización de la aldea. Pero los datos que tenemos son más antiguos relatos etnológicos que arqueológicos, pues las pocas aldeas tupiguaraní excavadas en el Nordeste nunca tuvieron sus resultados publicados, con excepción de alguna pequeña noticia. En general, los hallazgos funerarios tupiguaraní son casi siempre producto de hallazgos casuales, consecuencia de trabajos agrícolas.

En el valle medio del río San Francisco hemos podido observar que los ritos indígenas de enterramiento perduraron durante la época colonial, inclusive en lugares

(35) MARTIN: Op. cit. en la nota 13, 1985: «Arte rupestre...».

(36) LIMA: Op. cit. en la nota 12, 1985: «Arqueologia da...».

ocupados por misioneros capuchinos que cuidaron de la evangelización de esa región entre Pernambuco y Bahía (37). En las excavaciones realizadas en la isla de Zorobabel, situada en la confluencia de los ríos Pajeú y San Francisco, encontramos los restos de la iglesia de Nuestra Señora de O, parroquia fundada por los capuchinos y destruida por una inundación a fines del siglo XVIII. Encontramos también restos de una aldea indígena y enterramientos en urna después de la incineración. Como en otros muchos casos, las urnas funerarias fueron depositadas en lugares distintos de la aldea sin agruparlas en necrópolis. Entre el ajuar funerario había collares de cuentas de vidrio y cuentas de rosario en una de las urnas. Es de suponer que los indios aldeados en la misión continuaron enterrando sus muertos siguiendo sus antiguos ritos.

Actualmente, en esta misma región del San Francisco existen remanescientes indígenas Pankararú y Tuxá o Rodelas (municipios de Tacararú e Itacuruba, en Pernambuco, y Rodelas, en Bahía) que viven en aldeas propias ya muy aculturados bajo la protección de la Fundação Nacional del Indio (FUNAI).

A través de la tradición oral sabemos que los Pankararú enterraban sus muertos en abrigos y que colocaban hogueras encima, reutilizando el lugar cuantas veces se hiciera necesario, información que coincide con los hallazgos de la *Gruta do Padre* de que ya hemos tratado.

Por su parte, los Tuxá atribuyen que se les llame también Rodelas a la antigua costumbre de cortar los miembros de sus muertos en *rodelas*, o sea, rodajas, y conservarlos entre cenizas dentro de urnas funerarias. Esto explicaría lo fragmentado de los restos óseos a veces encontrados, especialmente en la isla de Zorobabel, donde a los restos humanos se mezclan también huesos de animales, quizá restos del banquete funerario.

b) *El arte prehistórico en el Nordeste de Brasil*

La Prehistoria brasileña no ofrece grandes hallazgos espectaculares de lo que podríamos llamar piezas para vitrina de museo, a excepción de algunos hallazgos singulares en Amazonia como las urnas funerarias de la isla de Marajó o la cerámica de «cariátides» de Santarém. La principal manifestación estética de la Prehistoria brasileña es el arte rupestre, especialmente rico y variado en la región Nordeste (38).

Para la descripción y estudio del arte rupestre en Brasil se han generalizado los términos *tradición* y *estilo*, conceptos que varían entre los diferentes autores, al menos en la definición de los mismos, aunque la intención y el contenido sean muy semejantes. El término *tradición* se utiliza para definir formas culturales de amplia dispersión geográfica, equivalente al concepto de *horizonte cultural* utilizado en otros países. La parte menor y más concreta sería una *fase*. En arte rupestre, la *fase* fue sustituida por *estilo*, atendiendo al carácter estético de las representaciones.

La *tradición* definiría la temática y la forma como ésta fue interpretada, tal como movimiento o estatismo, tamaño de las figuras, monocromía o policromía, etc.

(37) J. ROCHA: «As tradições funerárias no vale do Médio São Francisco». I Simpósio de Pré-História do Nordeste Brasileiro. Recife, 1987.

(38) R. ALBANO: «Bibliografia sobre arte rupestre brasileira». Arquivos do Museu de História Natural, vol. IV-V. Belo Horizonte, 1980.

A. M. Pessis (39) utiliza *subtradición* para definir el grupo desgajado de una *tradición* y adaptado a un medio geográfico y ecológico distinto, que implicaría en la presencia de elementos nuevos.

En el concepto de tradición entra la representación visual de todo un universo simbólico primitivo que pudo haberse transmitido durante milenios, sin que, necesariamente, los yacimientos de una tradición pertenezcan a los mismos grupos culturales, además de que pueden estar separados por cronologías muy distantes.

Para las figuras representadas en los yacimientos con pinturas o grabados rupestres, sean figurativas o abstractas, se utiliza el término *grafismo*, especialmente entre los investigadores que trabajan en el Nordeste. La palabra *grafismo* fue utilizada por A. Leroi-Gourhan, en sus conferencias en el Colegio de Francia a partir de 1969, e introducida en la nomenclatura brasileña por A. M. Pessis y N. Guidon. Leroi-Gourhan utilizó este término para indicar uno de los niveles morfológicos en que dividió el arte rupestre. El *grafismo* sería el nivel geométrico puro. A partir de este concepto se comenzó a utilizar, para el estudio del arte rupestre en el Nordeste de Brasil, el término *grafismo puro* para la identificación de figuras geométricas, simbólicas o simplemente aquellas sin significado aparente en nuestro universo cultural. Además de *grafismo puro*, fue incorporado a la terminología brasileña el concepto de *grafismo de composición* para figuras que pueden ser reconocidas con un simple análisis visual (antropomorfos y zoomorfos) y *grafismos de acción*, formados por escenas de caza, danza o lucha, pongamos por ejemplo.

Fueron fijadas tres grandes tradiciones y numerosos estilos en el arte rupestre del Nordeste de Brasil, si bien las investigaciones sistemáticas están limitadas a los trabajos de la Misión Arqueológica Franco-Brasileña en Piauí, de A. C. Beltrão en la región central de Bahía, y los nuestros en Pernambuco y Río Grande del Norte, áreas muy grandes en términos europeos, pero, en realidad, pequeñas dentro del inmenso territorio ocupado por la región Nordeste, de forma que muchos más datos podrán añadirse a los ya conocidos con el avance de las investigaciones.

Tres grandes tradiciones fueron fijadas hasta ahora: *Tradición Nordeste*, *Tradición Agreste* y *Tradición Itacoatiara*.

La Tradición Nordeste fue definida a partir del estudio de numerosos yacimientos arqueológicos con pinturas rupestres, localizados en el SE de Pauí, en una región comprendida entre 8° y 9° 30' de latitud Sur y 41° a 43° 30' de longitud Oeste, sobre una superficie de aproximadamente 40.000 Km² (40). Estudios posteriores demostraron que las características de esta tradición eran extensivas a otras áreas del Nordeste de Brasil y que podría ser el arte figurativo de grupos de cazadores. Ha sido identificada, además

(39) A. M. PESSIS: «Métodos de interpretação da arte rupestre. Análisis preliminares por níveis». Clio, núm. 6, Série Arqueológica-1. Recife, 1984.

A. M. PESSIS: «Da Antropologia visual à Antropologia Pré-Histórica». Clio, núm. 8, Série Arqueológica-3. Recife, 1986, págs. 153-162.

A. M. PESSIS: «Méthode d'analyse des représentations rupestres». Contributions Méthodologiques en Préhistoire. Etudes Américanistes Interdisciplinaires Amérique du Sud, núm. 01. Paris.

(40) GUIDON: Op. cit. en la nota 5, 1986: «A sequência...».

de en el SE de Piauí, con más de 50 abrigos, en la región de Seridó, en el Río Grande del Norte, en la Chapada Diamantina, en Bahía y en el Estado de Ceará, pero en las dos últimas regiones no se han realizado estudios sistemáticos hasta ahora.

La Tradición Nordeste es fácilmente identificable por la variedad de los temas representados, como numerosas formas de danza, escenas de caza y de lucha y la riqueza de adornos y atributos que acompañan la figura humana, indicadores, seguramente, de diversas jerarquías y diferentes tribus (figs. 4 y 5). Las figuras humanas son de pequeño tamaño, entre 10 y 15 cm., siempre en movimiento, a veces poseídas de gran agitación, con el rostro de perfil, como si gritaran.

Algunos conjuntos son policromos, con colores rojo, blanco, amarillo y negro en un mismo abrigo (Seridó). Verde y azul han sido también encontrados en el SE de Piauí.

En el estado actual de la investigación hemos de suponer que el centro de esta tradición estuvo en la región de San Raimundo Nonato, en Piauí, de donde se extendió a otras regiones, como la de Seridó, en Río Grande del Norte, que aun teniendo las características de aridez propias del interior del Nordeste, presenta un microclima más ameno con varios ríos perennes. Los grupos de cazadores que pintaron los abrigos del Seridó enriquecieron la antigua Tradición Nordeste con elementos nuevos propios de su «hábitat», tales como piraguas cuidadosamente decoradas, representación de tejidos y escenas familiares en las que la representación del niño puede considerarse una excepción en la pintura rupestre mundial.

En cuanto a la cronología, las pinturas más antiguas de la Tradición Nordeste fueron fechadas en torno a 17.000 años BP en el SE de Piauí (abrigo *Pedra Furada IV*), 12.000 y 10.000 BP (*Toca do Baixão do Perna I* y *Toca do Sítio do Meio*), perdurando hasta 7.000 BP aproximadamente (41). En la región de Seridó conseguimos fechar un abrigo en 9.410 ± 100 BP (CSIC-720). Las fechas de carbono 14 para el SE de Piauí fueron obtenidas de hogueras en las que había bloques de piedra con pinturas, caídos de las paredes y techos de los abrigos. En torno de 20 fechas, entre 17.000 y 7.000 años para las pinturas rupestres de la Tradición Nordeste, fueron obtenidas en los laboratorios Gif-sur-Yvette, de Francia (42).

La Tradición Agreste incluye numerosos yacimientos repartidos por todo el Nordeste de Brasil (Estados de Ceará, Río Grande del Norte, Paraíba, Pernambuco, Piauí, Sergipe y Bahía), pero solamente en Pernambuco y Piauí se vienen realizando trabajos arqueológicos sistemáticos sobre esta tradición de pintura rupestre (43). Hasta el momento, la mayor concentración de yacimientos con pinturas de la Tradición Agreste fue determinada en la región del Agreste pernambucano. Como esta tradición

(41) GUIDON: Op. cit. en la nota 5, 1986: «A sequência...».

GUIDON y DELIBRIAS: Op. cit. en la nota 5.

(42) GUIDON y DELIBRIAS: Op. cit. en la nota 5.

(43) GUIDON: «Arte rupestre...», «A arte...» y «A sequência...», ops. cit. en la nota 5.

G. MARTIN, A. AGUIAR, P. TADEU y P. VICTOR: «A "Pedra da Figura" em Taquaritinga do Norte (PE)». Clio, núm. III. Recife, 1980, págs. 31-46.

G. MARTIN, A. AGUIAR, P. TADEU y P. VICTOR: «Estudos de arte rupestre em Pernambuco (II). A "Pedra Furada" em Venturosa». Clio, núm. IV. Recife, 1981, págs. 19-34.

A. AGUIAR, P. VICTOR y P. TADEU: «Sítios arqueológicos cadastrados em Pernambuco». Clio, núm. IV. Recife, 1981, págs. 39-42.

A. AGUIAR: «Tradições e estilos na arte rupestre no Nordeste brasileiro». Clio, núm. 5. Recife, 1982, págs. 91-104.

A. AGUIAR: «A Tradição Agreste: estudo sobre arte rupestre em Pernambuco». Clio, núm. 8, Série Arqueológica-3. Recife, 1986, págs. 7-88.



Fig. 4.—Pinturas rupestres de la Tradición Nordeste en Seridó, Río Grande del Norte, Brasil.

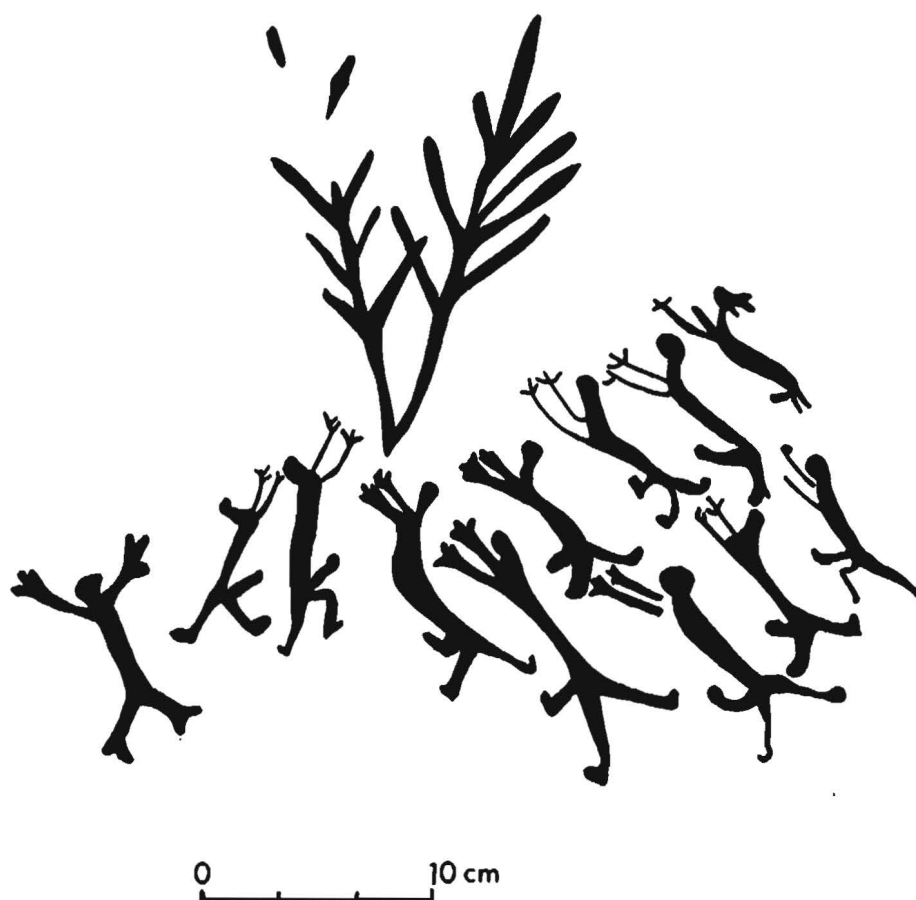


Fig. 5.—Pinturas rupestres de la Tradición Nordeste en el SE. de Piauí, Brasil.

rupestre ocupa una gran extensión geográfica, las subtradiciones y estilos son también muy numerosas. En Pernambuco, donde está mejor estudiada, los yacimientos y abrigos con pinturas están situados, casi siempre, en fondos de valles y en «brejos» donde granitos rojos y grises forman importantes intrusiones que, por efecto de la erosión en las rocas más blandas circundantes, emergen en forma de grandes monolitos redondeados en los cuales, generalmente, se encuentran las pinturas.

Los grafismos de la Tradición Agreste son, en general, de tamaño grande y pueden medir hasta dos metros de altura (figs. 6, 7 y 8). Las escenas son raras y, cuando existen, no suelen presentar más de dos individuos o animales. Grafismos puros simples o muy elaborados, dependiendo de los diferentes estilos, acompañan a los antropomorfos y zoomorfos, con predominio de los últimos. Típica de la Tradición Agreste es la representación de un antropomorfo grotesco, de gran tamaño, generalmente aislado, como si se tratara de una figura totémica, y figuras de pájaros de alas abiertas y largas plumas, algunos con tendencia al antropoformismo como tentativa de representación de un hombre-pájaro. Improntas de manos en la parte superior de los paneles pintados son también un elemento corriente.

Cronológicamente, la Tradición Agreste es posterior a la Tradición Nordeste. En el Piauí, un abrigo con pinturas de esa tradición fue fechado en 5.000 ± 110 años BP (*Toca da Boa Vista I*), pero en Pernambuco no hemos obtenidos fechas posteriores a los 2.000 BP. La excavación estratigráfica de *Peri-Peri* (44) proporcionó dos fechas de carbono-14 para dos hogueras en las que encontramos restos de ocre e instrumentos líticos, manchados de pintura roja, que habían servido para pintar el abrigo. Las fechas fueron 1.760 ± 90 BP (GIF-5878) y 2.030 ± 50 BP (CSIC-605).

Seguramente, la tradición de arte rupestre más enigmática de Brasil, y la más difícil de relacionar con algún grupo humano, es la Tradición *Itacoatiara* (*itacoatiara* = piedra pintada en idioma tupi). Se trata de una tradición de grabados sobre roca, no exclusiva del Nordeste, sino que se encuentra por todo Brasil e inclusive por toda América del Sur (lám. I). Los petroglifos, generalmente efectuados sobre base arenítica, suelen estar en rocas a lo largo de los cursos de agua, sean grandes ríos como el San Francisco o pequeños arroyos o, inclusive, los llamados *caldeirões* (45), cuyas paredes internas están muchas veces cubiertas de grabados.

Es indudable que la Tradición *Itacoatiara* está relacionada con el culto de las aguas, a la vez que muchas de ellas nos hacen pensar en cultos cosmogónicos de las fuerzas de la naturaleza y del firmamento. Líneas onduladas, que imitan el movimiento del agua y representación de astros, son muy comunes. Sin embargo, después de esta interpretación dudosa, pues el factor subjetivo de nuestra cultura no puede ser descartado, poco se puede decir respecto de esta tradición. Como los grabados o

(44) G. MARTIN, A. AGUIAR y J. ROCHA: «O sítio arqueológico Peri-Peri em Pernambuco». Revista de Arqueologia, Museu Paraense Emílio Goeldi, Belém, 1983.

(45) *Caldeirão* es una forma local para designar las cavidades que se forman en las fallas de algunas rocas. De tamaño variable y siempre de forma redondeada, se llenan de agua durante la estación de las lluvias y sirven de reservas naturales. Estos *caldeirões* son muchas veces el único recurso hídrico en vastas extensiones.



Fig. 6.—Pintura rupestre de la Tradición Agreste - São João do Tigre - Paraíba.



Fig. 7.—Pintura rupestre de la Tradición Agreste - Pedra - Pernambuco.

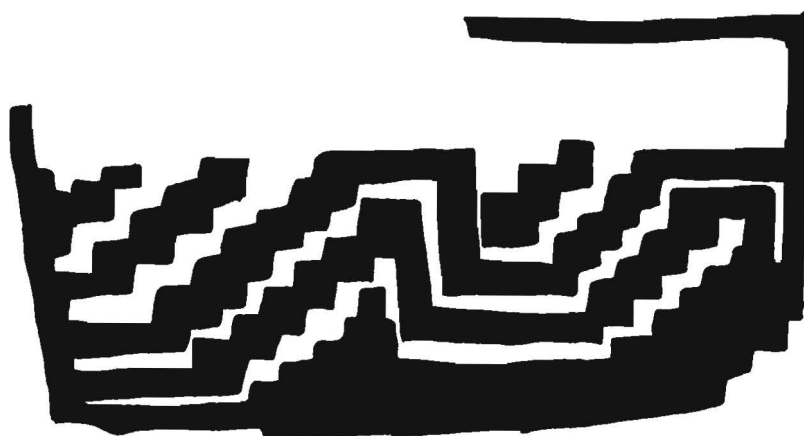
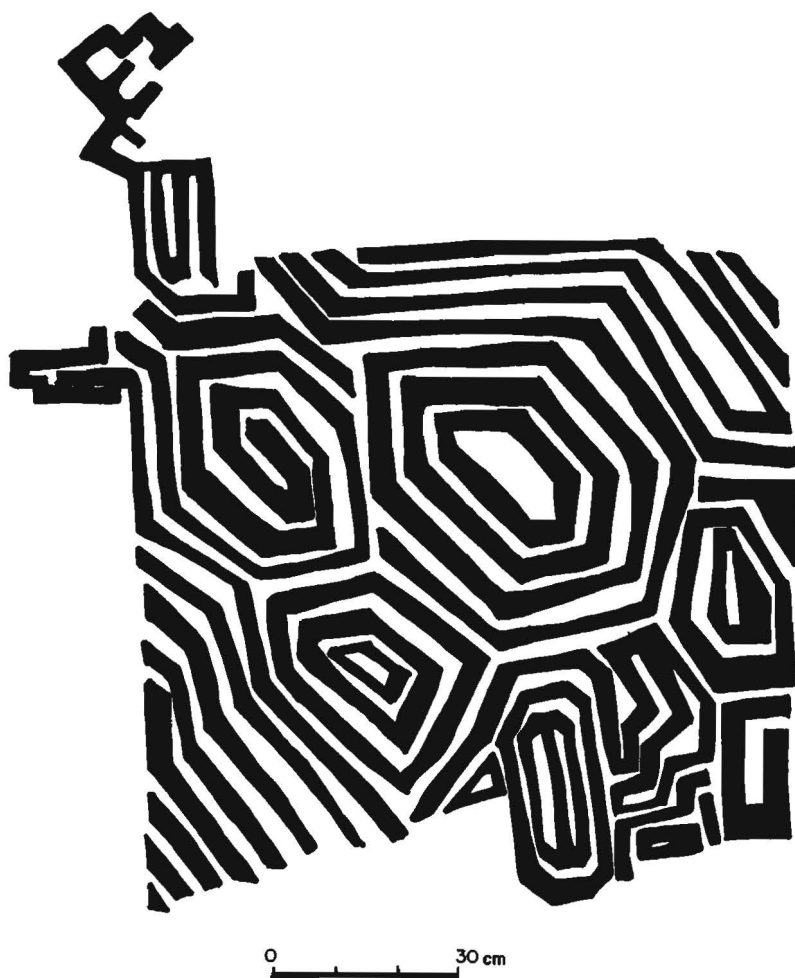


Fig. 8.—Pintura rupestre de la Tradición Agreste - Venturosa - Pernambuco.

itacoatiaras están en un 99% de los casos en cursos de agua y en contacto directo con ella, son pocas las posibilidades de excavaciones arqueológicas y la filiación de las mismas a algún tipo de cultura material. El caso del yacimiento *Letreiro do Sobrado*, a pocos metros del río San Francisco, en Pernambuco, es una excepción; formando un pequeño abrigo cubierto de petroglifos esquemáticos (grafismos puros), propios de la Tradición Itacoatiara, fue utilizado durante largo tiempo por cazadores prehistóricos del valle de San Francisco. Fueron levantadas veinte hogueras, con restos de alimentos e industrias líticas de cuarzo y sílex, entre las que encontramos raspadores, perforadores y prepuntas de proyectil. En una de las hogueras fue encontrado un fragmento de roca con grabados desprendido del abrigo. La fecha de carbono 14 fue de 1.680 ± 50 BP (BETA-1519).

Las subtradiciones y estilos de las *itacoatiaras* del Nordeste de Brasil están en gran parte por determinar, pues las variedades son infinitas y han sido poco estudiadas. Hay grafismos que se repiten mucho, pero la técnica de ejecución puede ser diferente. Existen petroglifos que podríamos llamar «universales» y que se repiten en muchos lugares, a nivel mundial, entre culturas sin ninguna posibilidad de contacto, de forma que agrupar una tradición que se extiende por toda América, atendiendo a la semejanza de los grafismos, es siempre peligroso. Como ejemplo citaremos la semejanza existente entre las *itacoatiaras* nordestinas y los petroglifos gallegos, de los que existe abundante bibliografía.

Una tentativa de Guidon (46) de dividir los petroglifos en *Itacoatiaras del Este* e *Itacoatiaras del Oeste*, atendiendo a la presencia de elementos figurativos (antropomorfos y animales) para el grupo del Este y grafismos puros exclusivamente para el grupo del Oeste, puede ser válida para el SE del Piauí, pero no ha podido ser determinada para otros lugares del Nordeste de Brasil.

Una variedad bien característica del Nordeste son los «petroglifos pintados», en los cuales, sobre un complicado trazado esquemático grabado, se rellenó con pintura roja (*Boi Branco*, en Pernambuco, y *Grossos*, en Río Grande del Norte); pero existe siempre la duda de que la pintura haya sido colocada en época diferente, sin ninguna relación con el grupo que grabó los petroglifos.

A MODO DE EPÍLOGO

La divulgación de dataciones radiocarbónicas para yacimientos prehistóricos del Nordeste entre 25.000 y 32.000 (47) causó cierto espanto y hasta incredulidad entre la comunidad científica internacional, especialmente entre algunos arqueólogos americanos que difícilmente aceptan fechas más antiguas en América del Sur que en el Norte. Inclusive se llegó a ventilar la absurda opinión de que «alguna cosa diferente» ocurría en los suelos nordestinos para obtenerse fechas tan antiguas.

(46) GUIDON: Op. cit. en la nota 5, 1985: «A arte...».

(47) GUIDON y DELIBRIAS: Op. cit. en la nota 5.

El reconocimiento y aceptación de los resultados obtenidos en Piauí por una revista científica respetada como es la inglesa «Nature», que en el número 6.072, de 1986, publicó los resultados de las investigaciones de Guidon, dando destaque en la portada, tranquilizó algo los ánimos y preparó el terreno para la aceptación de fechas todavía más antiguas logradas en la región central de Bahía (48).

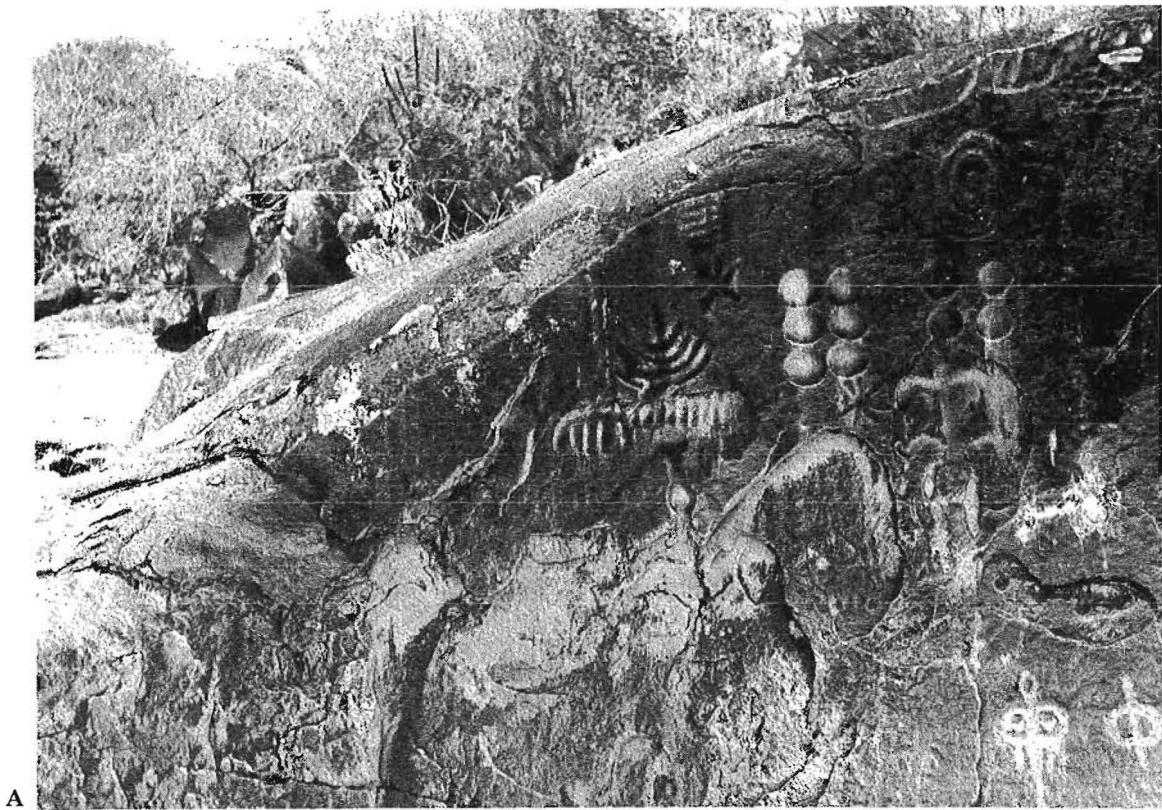
La antigüedad del hombre del Nordeste de Brasil va siendo aceptada poco a poco y a la vez obligando a los prehistoriadores cada vez más a apoyar sus investigaciones en estudios paleoclimáticos y de adaptaciones ambientales y, finalmente, ir más lejos y comenzar a pensar de nuevo en otras vías alternativas de migración.

El futuro de la Prehistoria en el Nordeste de Brasil guarda todavía muchas sorpresas (49).

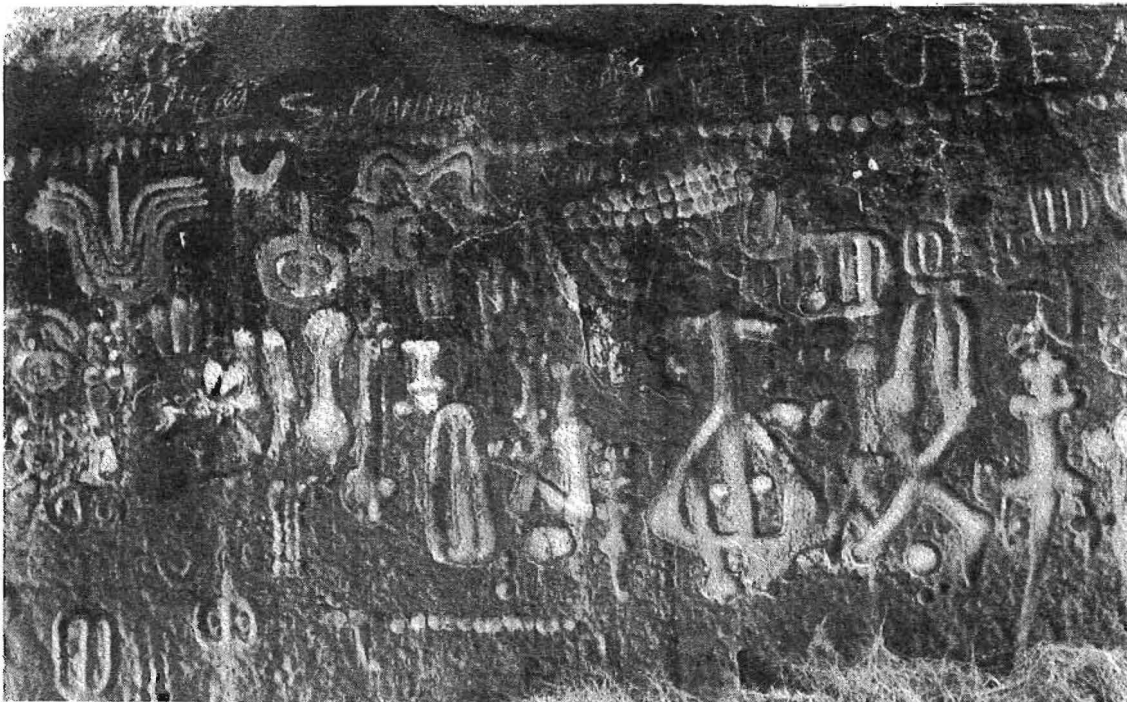
(48) BELTRÃO *et alii*: Op. cit. en la nota 7.

(49) Además de la bibliografía citada en el texto, otros títulos de interés relacionados con alguna de las partes del tema expuesto serían:
 A. AGUIAR: «Cariris Velhos-Paraíba in Herança: a expressão visual do brasileiro antes da influência do europeu». Dow Química. São Paulo, 1984.
 R. T. DE ALMEIDA: «A arte rupestre nos Cariris Velhos». Ed. Universitária, João Pessoa, 1979.
 T. DE A. ARARIPE: «Cidades petrificadas e inscrições lapidares no Brasil». Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro, t. 50, 1.ª parte. Rio de Janeiro, 1887.
 M. G. LIMA: «Processos de documentação em arte rupestre». Clio, núm. 7, Série Arqueológica-2. Recife, 1985, págs. 157-164.
 M. MELO: «Cemitério indígena da Serra das Russas». Revista do Instituto Arqueológico, Histórico e Geográfico Pernambucano, vol. 38. Recife, 1943.
 S. MONZON: «Análise dos traços de identificação. Estudo de um caso: A Toca da Entrada do Baixo da Vaca». Clio, núm. 6, Série Arqueológica-1. Recife, 1984.
 N. A. S. NASSER y E. M. CABRAL: «Informações sobre Inscrições rupestre no Rio Grande do Norte». Separata dos Arquivos do Instituto de Antropologia. Universidade do Rio Grande do Norte. Natal, 1964.
 N. A. S. NASSER: «Notas preliminares sobre a arqueologia da foz de sistema Curimataú-Cunhaú». Programa Nacional de Pesquisas Arqueológicas. Publicações Avulsas, núm. 6. Museu Paraense Emílio Goeldi. Belém, 1967.
 N. A. S. NASSER: «Nova contribuição à arqueologia do Rio Grande do Norte». Programa Nacional de Pesquisas Arqueológicas. Publicações Avulsas, núm. 26. Museu Paraense Emílio Goeldi. Belém, 1974.
 E. PINTO: «Os indígenas do Nordeste». Ed. Brasileira. São Paulo, 1935.





A



B

A.—Grabados rupestres de la Tradición Itacoatiara - Ingá - Paraíba (Brasil).

B.—Grabados rupestres de la Tradición Itacoatiara - Ingá - Paraíba (Brasil).